

▶ LA MIRADA

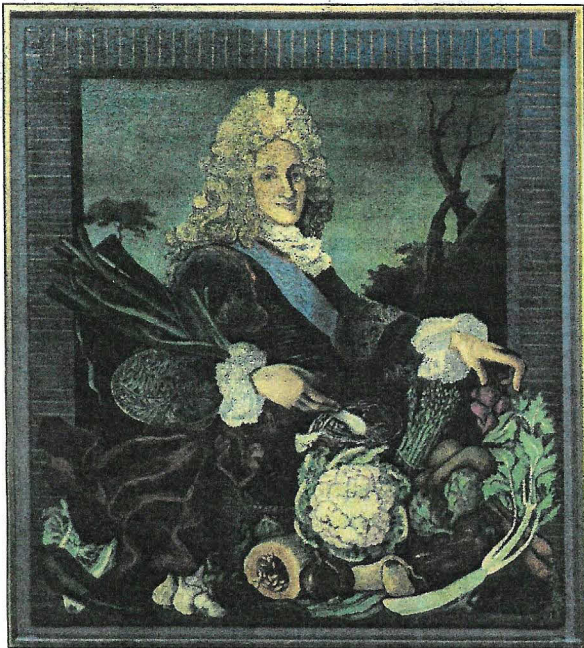
Manolo Peregrino

TEXTO: DIEGO CONTE, IGNACIO SANZ, PRADO VILLANUEVA

A Manuel Gómez Zía los amigos le llamábamos cariñosamente Manolo o Manolillo Peregrino por su tendencia a perderse con una mochila a la espalda por los caminos agrestes; conocía al dedillo las sendas empinadas de la Sierra del Guadarrama, así como las arriesgadas y vertiginosas botaderas de las Hoces del Duratón; las había fatigado tantas veces que se movía por ellas como por el cuarto de estar de su casa. Como los viejos filósofos peripatéticos necesitaba echarse al monte de cuando en cuando; las caminatas eran un estímulo para sus creaciones artísticas. Como si aguzaran su inspiración y fecundaran su obra. Andar le removía las ideas. Dominaba el dibujo, la pintura y los murales cerámicos. Pero, sobre todo, dominaba la vida, desde una especie de anarquismo apacible y risueño que, por su austeridad, guardaba ciertos puntos de contacto con los anacoretas. A ratos era gatuno, a ratos enigmático. Como no tenía televisión, la lectura fue para él una fuente de placer y conocimiento. Visitaba con pasión sistemática los museos.

Había nacido en Madrid, en 1951 y la muerte lo fue a buscar en San Lorenzo de El Escorial de manera repentina el último día de mayo de 2015; tenía 64 años. Su ausencia irremediablemente nos arrastra a la melancolía. Como ceramista era impecable. Su obra ha quedado repartida en muchas partes del mundo, pero resulta fácilmente rastreable en los rótulos de los callejeros de Sepúlveda, La Granja de San Ildefonso y Segovia, ya que campean en las fachadas de sus edificios. Un rótulo puede parecer una obra menor, pero enseguida se advierte en los suyos la extraordinaria factura, así como la meticulosidad y elegancia en su ejecución. De manera que en ellos podemos apreciar su poderío expresivo y sus capacidades artísticas. O, si se quiere, para no ponernos campanudos y solemnes, el puntilloso dominio de las artes aplicadas. Y es que, en las artes aplicadas, concebidas casi siempre con fines utilitarios, carentes de petulancia, Manolo era un maestro consumado.

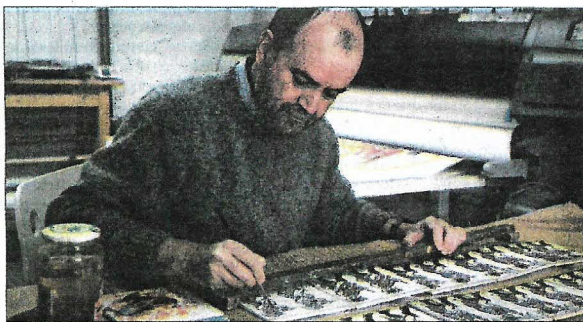
Los murales cerámicos, posiblemente la parte de su obra que mejor le define y que más proyección le dio, se pueden rastrear sobre todo en algunos establecimientos hosteleros de Chinchón, Madrid, San Lorenzo de El Escorial, Sepúlveda y Segovia. Disfrutaba como un niño en los procesos de documentación haciendo acopio de libros, indagando simbologías y personajes, así como los hechos históricos más notables que trataba de reflejar. Cabe recordar ahora, por la facilidad para su acceso, el mural que le encargó Caja Segovia para el portal de la oficina de la calle Juan Bravo 4, en la que quiso plasmar los personajes más destacados que habían recorrido la Calle Real a lo largo de su dilatada historia. Y muy cerca de allí, sin abandonar la calle Real, en el vestíbulo del Hostal Casa Mudéjar puede verse el espléndido mural dedicado a exaltación de los cinco sentidos; y, en el mismo



Felipe V.



Cartel Feria de Artesanía de Sepúlveda.



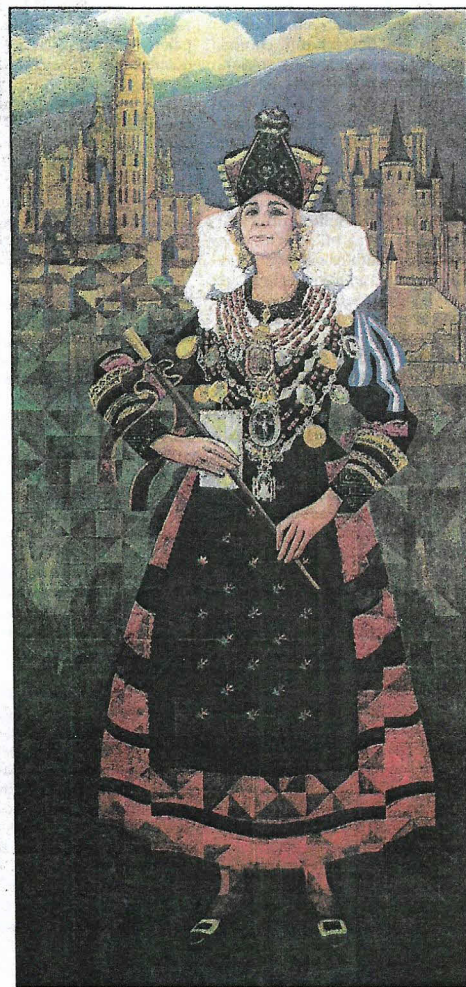
Pintando en Tuco.

edificio, en El Fogón Sefardi, con entrada por la Judería Vieja, el mural que hizo en homenaje a los placeres del vino, en el que aparecen los propietarios encarnado diferentes paños, además de sus amigos.

En la Escuela de Cerámica de Madrid tuvo el primer contacto académico con la cerámica, pero también con el dibujo. En una salida con los profesores para tomar apuntes del natural conoció



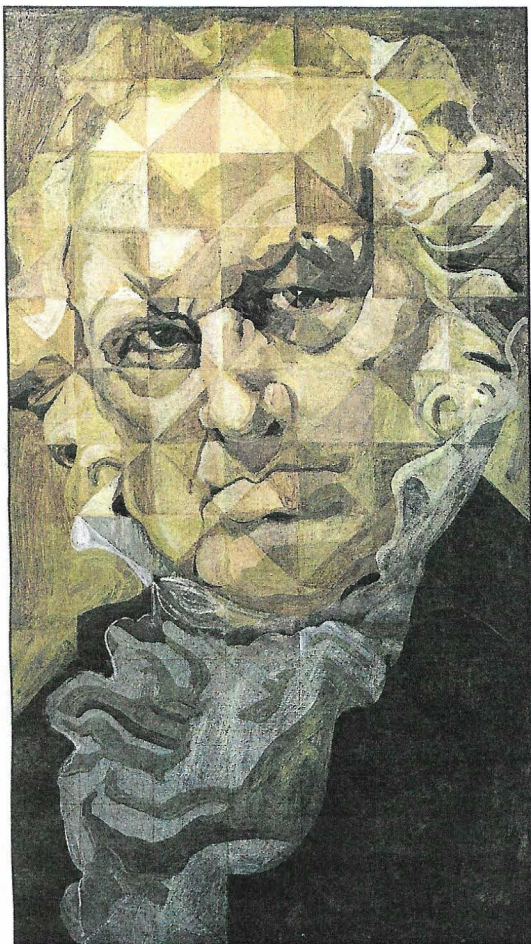
Retrato de Emiliano Barral.



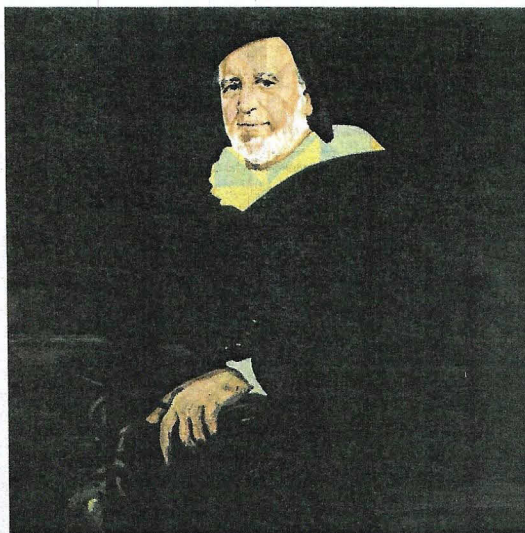
Alcaldesa de Zamarramala.

Sepúlveda y quedó deslumbrado por la belleza de la villa y por el paisaje pintoresco que la circunda. Desde entonces la convirtió en una amante a la que no dejaría de cortejar. Una extensión natu-

ral de Sepúlveda es el sorprendente meandro donde se asienta el viejo Priorato benedictino de San Frutos Pajarero. Impresionado por la belleza del lugar, enseguida se declaró su devoto. ¡Viva



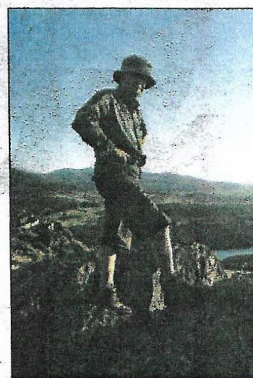
Francisco de Goya.



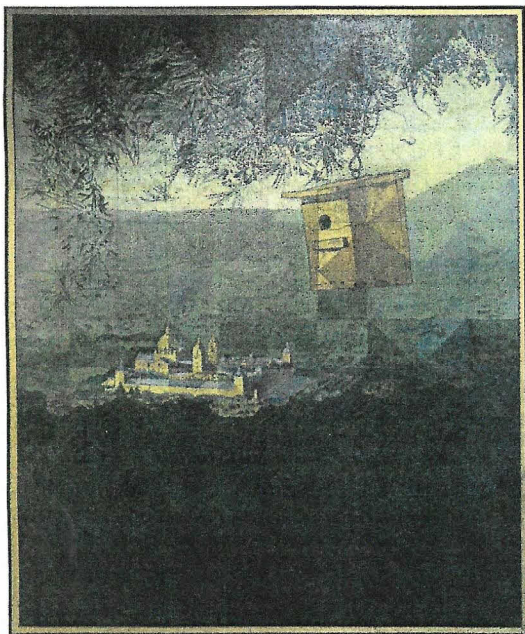
Retrato de un pintor.



Benditera Plaza Mayor de Chinchón.



Manolo Peregrino.



La casita del árbol.



San Frutos.

san Frutos Bendito! era su forma de saludar a los amigos de manera presencial o desde el otro lado del teléfono. Era tan acendrado seguidor del santo ecologista y pajarero que fundó una orden imaginaria en la que él se reservó

el puesto de hermano lego. La vida y los milagros de San Frutos guardan un estrecho paralelismo con San Francisco de Asís. Manolillo, cómo no, iluminó algunos de los romances que cuentan su vida:

¡Viva San Frutos Bendito, rostro bello y barbado, ecologista de fama y anacoreta templado!

Además de ceramista y dibujante,

Manolo Peregrino fue ilustrador de libros, grabador, cartelista, editor, escultor y pintor. Llegó incluso a hacer algún esgrafiado ocasional en Segovia en el que dejó reflejado el rostro de los propietarios de la casa, así como la del arquitecto y la suya.

Nada se le resistía. Todo es cuestión de método, solía decir. En eso, en el método, era muy riguroso. Casi un científico.

Pero, por encima de todo, Manolo era un tipo singular y luminoso, un sabio a quien la vida le había zurrado sin clemencia en la infancia madrileña. Huérfano de padre desde niño, comenzó a trabajar con doce años pintando muebles "antiguos", imitando los dibujos de las distintas dinastías en las que los chinos dividen su historia. De manera que también era experto en dinastías chinas.

Dos años después de su desaparición, los amigos que tuvimos el privilegio de trabajar a su lado, compartiendo alguna de sus devociones y disfrutando de su talento y sabiduría, hemos querido hacerle un homenaje a través de la exposición que estos días se muestra en el Museo Rodera Robles y que recoge tan sólo una parte mínima de su quehacer artístico. Si etimológicamente recordar significa volver a pasar por el corazón, nos parece que esta exposición que agrupa una buena parte de sus habilidades artesanas y artísticas, es la mejor manera de acercarnos a su espíritu creativo. También es una oportunidad para sopesar su alcance y proyección.

No es esta una exposición antológica —algo que esperamos se pueda hacer en un futuro próximo— sino una simple muestra representativa de todos los palos que tocaba Manolo como artista, armada con las obras que conservan sus allegados.

VERSÁTIL Y UTOPICO

Manuel Gómez Zía aunque es conocido sobre todo como ceramista, descubrimos que es un pintor magnífico, tanto de paisajes como de retratos. También un gran dibujante. Los retratos a plumilla de Emiliano Barral, Francisco de Cossío, así como los pintados al óleo de Francisco de Goya o de Mariano Morata dan la dimensión de su maestría. Qué cabal en su adu-
tez el de Mariano Morata.

Pero acaso sea la pila de agua bendita que tiene como motivo la plaza Mayor de Chinchón, la que de una medida exacta de su concepción desbordante y desproporcionada. Le gustaba jugar con las desproporciones y desorientar al espectador. Esa pila se encuentra fuera de toda lógica. Por eso nos atrapa. El motivo, más allá de la belleza castiza de dicha plaza, es una mera disculpa para que el artista desarrolle su poderío a través de unas dimensiones que escapan de los convencionalismos. Pero así era Manolillo, desbordante y desproporcionado. Sí, desbordante, pero preciso en su concepción clásica del dibujo y de la perspectiva. Y también atrevido con el color de algunos atardeceres que parecen ensoñaciones impresionistas.

En fin, estamos ante un artista que, como los malabaristas, sostenía simultáneamente en el aire varias bolas, sin que le flaqueara el pulso. El afán de perfección se aprecia sobre todo en los pequeños detalles. Quienes le conocimos sabemos hasta qué punto era maniático con los detalles. Gracias a los detalles su obra nos seduce como nos seducen las obras de los clásicos.